

Cuanto más primitiva es una sociedad, más frecuentes son los conflictos

conversación no sería de extrañar que el extraterrestre despegara inmediatamente en su nave de última generación para buscar un planeta más lógico y coherente en el que hacer turismo de paz.

Es, tal vez, por esta falta de lógica que los grandes acontecimientos siempre han abierto esperanzas de reducción de conflictos y consumo en armamento. El fin de la guerra fría fue acompañado por la expectativa de recoger dividendos de paz. El fin de enormes gastos militares hubiera permitido liberar fondos para la paz mundial, ayudando al desarrollo, reduciendo las enfermedades, aumentando la esperanza de vida de las dos terceras partes de la humanidad en el sur del mundo. Estos dividendos no se han hecho efectivos en ningún momento, y Estados Unidos hoy gasta en armamentos una suma igual a la del bloque de 20 países que le siguen en esta triste clasificación.

La llegada de Obama al poder, tras ocho años de un presidente que era conocido como el “Presidente de la guerra” y que abogaba por una guerra infinita contra el mal, ha sido también considerada un momento crucial. Pero, en lo que se refiere a gastos militares, a sus aspectos legales, y al conflicto en Afganistán, no hay cambios reales entre ambos mandatos, fuera del muy importante esfuerzo realizado por el gobierno de Obama para reducir los armamentos

La última llamada

Wangari Maathai

PREMIO NOBEL DE LA PAZ 2004, FUNDADORA DEL GREEN BELT MOVEMENT Y COFUNDADORA DE LA INICIATIVA DE MUJERES PREMIO NOBEL

Resulta evidente que el cambio climático plantea severos riesgos ambientales, económicos y sociales. Pero también presenta un desafío al conjunto del liderazgo mundial como nunca se ha visto antes. En este sentido, el otorgamiento del Premio Nobel de la Paz al presidente estadounidense, Barack Obama, ofrece esperanza y representa un estímulo.

Desde que asumió la presidencia Obama ha demostrado buena disposición para utilizar el enorme poder de Estados Unidos para forjar un mundo más pacífico; ha enfatizado la importancia de la cooperación internacional, del compromiso diplomático y del respeto mutuo. Según su visión, todo es posible para quien está decidido a superar obstáculos.

Todos esos principios son esenciales para resolver el desafío climático.

Las realidades del cambio climático plantearán exigencias sin precedentes a todos los países, tanto a causa de los millones de refugiados económicos y ambientales que llegarán a las playas de las naciones ricas como del deterioro de los bosques y de los sistemas agrícolas, y de la amenaza de hambrunas masivas entre los pobres.

Sabemos que el cambio climático no afectará a todos por igual. Los más pobres, los más viejos, los más jóvenes, las mujeres, los que viven a lo largo de

El cambio climático presenta un desafío al liderazgo mundial como no se ha visto antes

chas de maíz y frijoles. Miles de personas sufren ahora una emergencia alimentaria. En otro extremo del mundo, en India y Bangladesh, así como en África Occidental, especialmente en Níger, las lluvias excesivas han originado inundaciones calamitosas que han causado miles de muertos.

El problema climático es un reto fundamental para el liderazgo mundial, que reclama dirigentes honestos y de principios, visionarios y prácticos, que transmitan la urgencia de las tareas a emprender y preparen a sus pueblos para afrontar las duras alternativas e inevitables sacrificios que implica poner freno al calentamiento global. Esos dirigentes deben instrumentar políticas efectivas en beneficio de las actuales y las futuras generaciones, no medidas rutinarias o conducentes sólo a ventajas políticas a corto plazo.

Este liderazgo debería pedir a sus propios pueblos la misma lealtad, transparencia, equidad y justicia que debe exigirse a sí mismo.

Pero los países industrializados y los países en desarrollo tienen responsabilidades divergentes en relación a la crisis climática. África, por ejemplo, ha contribuido en apenas un 5 por ciento a la emisión de gases invernadero que están calentando al planeta.

Por lo tanto, las naciones industrializadas tienen la obligación, no sólo de

reducir notablemente sus emisiones de gases invernadero sino asimismo de comprometerse a asistir a las naciones más pobres para que puedan adaptarse a los impactos climáticos y emprender políticas de desarrollo que no sean nocivas para el planeta. Ese es el camino hacia la justicia climática.

También el liderazgo en los países en desarrollo debe enfrentar el desafío; muchos de ellos han pasado por décadas de mal manejo o descuido del ambiente y las actuales políticas gubernamentales siguen siendo ampliamente inadecuadas.

Algunos gobiernos han tolerado o incluso facilitado el saqueo de los bosques y selvas, la degradación del suelo e insostenibles prácticas agrícolas. Todo ello ha incrementado la probabilidad de que las lluvias estacionales no sean normales, que la capa fértil del suelo se erosione y que se desertifique la tierra. Estas condiciones llevan al crecimiento de la pobreza e incentivan luchas desesperadas y mortales por los escasos recursos que quedarán.

En un mundo así la paz es esquiva y los recursos que deberían usarse para proteger el ambiente se destinan a hacer frente a los conflictos y a la inseguridad general.

Es mucho lo que está en juego como para seguir tolerando maniobras dilatorias o políticas arriesgadas e imprevisoras. Si fracasamos ahora las futuras reuniones cumbres deberán concentrarse en paliar los costos en vidas humanas y de recursos que traerá aparejada la crisis climática.

El Premio Nobel de la Paz da a Obama una mayor oportunidad para continuar alentando al mundo hacia la curación de viejas y nuevas heridas y a aprender a coexistir en paz. La entrega del premio el pasado 10 de diciembre, coincidió con la Conferencia Mundial sobre el clima en Copenhague. Esta es la gran ocasión para que los líderes mundiales demuestren que entienden la naturaleza singular del desafío y que están preparados para encararlo. Ha llegado la hora de las decisiones. El cambio climático no exige nada menos que eso. □

Religiones y paz

Gunnar Stålsett

OBISPO LUTERANO Y MODERADOR DEL CONSEJO EUROPEO DE LÍDERES RELIGIOSOS.

Oslo. “La paz del corazón y de la mente y la paz de la sociedad están intrínsecamente ligadas. La

paz y la justicia son inseparables, como también lo son la verdad y la reconciliación. La paz es que los hambrientos sean alimentados, que los pobres sean ayudados, que los enfermos sean curados, que los oprimidos sean liberados y que los marginados tengan voz. Paz es protección contra la violencia y se experimenta al hacer que las guerras y los conflictos armados se transformen a favor del desarrollo y la construcción de una nación.”

Esas palabras están en el preámbulo de la Declaración de Lille sobre una Cultura de Paz hecha pública por el Consejo Europeo de Líderes Religiosos - Religiones para la Paz el pasado mes de mayo. El consejo reúne cerca de 30 destacados líderes religiosos de todas partes de Europa: cristianos, musulmanes, judíos, hindúes, budistas, sijs y zoroástricos que reconocen la profunda relación entre la cultura, la paz y la religión, así como entre el bienestar individual –físico, mental y espiritual– y la cohesión y las armoniosas a nivel social.

Durante casi 40 años he tenido el privilegio de participar en intentos a

Poco podemos hablar de guerras de religión, pero a menudo es usada para legitimar a los violentos

favor de procesos de paz y de reconciliación alrededor de todo el mundo: de Guatemala y Namibia a Kosovo, Sri Lanka y Timor. Las culturas, los idiomas y las tradiciones de estos países varían enormemente. Cada uno tiene su particular belleza y sus retos específicos. Pero en cada uno de los países que padecen conflictos he comprobado, sea para bien como para mal, la importancia de la religión.

Raramente podemos hablar de guerras de religión, pero a menudo vemos que la religión es usada para dar legitimidad a quienes promueven la intolerancia y la violencia. Pero también vemos con frecuencia comunidades religiosas que apoyan con coraje la paz y la no violencia, así como líderes religiosos que extienden sus manos hacia quienes están en el lado opuesto diciéndoles que su religión les impone construir puentes y derribar muros.

En Bosnia-Herzegovina los líderes de las cuatro mayores comunidades religiosas se reúnen regularmente en el Consejo Interreligioso y buscan caminos para profundizar su cooperación. En Sri Lanka, monjes budistas se cogen de las manos con sacerdotes hindúes,

obispos cristianos y líderes musulmanes para encarar la situación de los desplazados internos a consecuencia de la guerra en el norte del país.

Con demasiada frecuencia las memorias –individuales y colectivas– son causa de conflictos. Se pueden conseguir muchas cosas, no por olvidar el pasado sino recordándolo de manera distinta. En muchos enfrentamientos, una cuestión crucial es la de cómo reconciliar nuestras memorias. Las religiones proporcionan las palabras para ello: perdón, reconciliación, conversión.

Históricamente muchas partes de Europa han sido dominadas por la agricultura. A menudo, las granjas han sido propiedad de una familia durante muchas generaciones. Se dice que el éxito de un agricultor se da cuando él o ella pasan la propiedad a la siguiente generación con alguna mejoría respecto a cuando se hizo cargo la generación pasada.

Toda tierra debe ser cultivada y mejorada. Los métodos agrícolas deben adaptarse a los cambios en la sociedad y al uso de las nuevas tecnologías. Y no obstante los cambios y las mejoras, la granja sigue siendo la misma, aunque las nuevas generaciones tienen un mejor punto de partida que el de sus padres.

Las tradiciones religiosas actúan del mismo modo. Deben ser cultivadas. Es preciso nutrir todo aquello que permita producir buenos frutos y eliminar lo que perjudica una buena cosecha. Y si alguien intenta aprovecharse de las tradiciones religiosas para promover sus propios objetivos, para incitar el odio, la intolerancia o la violencia, debemos confrontarlo con energía y proteger lo que nos ha sido confiado.

Las religiones y las culturas están siempre en movimiento. Son dinámicas, aunque a veces lentas en el cambio. Una cultura de paz, por lo tanto, no es una situación estable y armoniosa que puede ser alcanzada en algún momento del futuro, sino un proceso constante de forma y reforma de las identidades a las que pertenecemos.

Los conflictos son a veces necesarios y la reconciliación siempre tiene un precio. El papel de las religiones en la promoción de las culturas de paz no es el de hacer desaparecer los conflictos sino el de ayudarnos a transformarlos para que podamos avanzar en nuestra búsqueda de la paz, la verdad y la justicia; y ayudarnos a reconciliar nuestras memorias y a enfrentar el futuro con una esperanza arraigada en aquello que va más allá de nuestra propia experiencia.

La cultura de paz se promueve a través de un diálogo paciente caracteri-